

MIL AÑOS DE COMPOSTELA

SERIE SEPTIMA CAPITULO I

pluma de medianoche

EL TERCER PIE DEL PEREGRINO

ENTRE LOS SIGLOS XII Y XIII EUROPA VIVIO EN UNA EXPLOSION JACOBEA

EN ESA EPOCA SE FUNDARON MAS DE DOSCIENTAS IGLESIAS BAJO LA ADVOCACION DE SANTIAGO

Por VICTORIA ARMESTO

«El camino de peregrinación es cosa muy buena, pero es estrecho...»

Pseudo Papa Calixto.

La gran operación de propaganda constituyó un éxito. Santiago de Compostela se puso de moda. Aquel villorrio gallego nimbado de una determinada santidad local, llámese esta priscilianista o como se quiera, pasó a ser el tercer santuario de Occidente:

Jerusalén, Roma, Santiago de Compostela.

Como la «cola cola» después de sus campañas publicitarias vende más y más botellas, también después de la difusión del «Codex Calixtinus» crecía el número de los que querían ir hasta la ciudad santa de Galicia para santificarse frente a los huesos de Jacobo.

El cabildo compostelano y los «monjes negros», el arzobispo Gelmírez y los abades cluniacenses habían sido unos fabulosos directores de propaganda. Lentamente el mito jacobeo, cuyas raíces se hundían en las propias entrañas del paganismo gallego, se había ido enredando con todos los asuntos de moda en el siglo XII.

Carlomagno, que murió posiblemente sin haber oído hablar jamás de Galicia, de los gallegos y de su posible relación con el hijo del Zebedeo, pasó (gracias a los esfuerzos de Cluny) como el primer peregrino. Su barba de lirio sigue inspirando a nuestros bardos tradicionalistas, y ya no hablemos de Rolando y sus pares...

TRECE CONVENTOS CLUNIACENSES EN LA RUTA DE SANTIAGO

Los monjes de Cluny habían ido sembrando de atractivos los caminos de Santiago: las reliquias de María Magdalena, las de San Marcial, la cabeza del Bautista, el gran cementerio de Arles... Antes de llegar a Compostela los europeos simpatizantes o amigos de los «monjes negros» podían alojarse en alguno de los trece conventos cluniacenses que jalonaban el camino de Santiago. Seis de estos conventos-hospederías estaban en Francia y siete en España. Los espafíoles estaban emplazados en Nájera, Silos, Arlanza, Cardeña, Sahagún, Frómista y Carrión de los Condes...

Sahagún era el más importante de todos los conventos cluniacenses españoles. Los monjes eran, en su calidad de señores feudales, profundamente odiados por todas las gentes del contorno mantenidas en estado de servidumbre. Por cierto que la historia del levantamiento y asalto del monasterio de Sahagún por los burgueses es una de las páginas más interesantes de la historia de España.

A los peregrinos franceses les encantaba llegar a Sahagún porque allí se encontraban como en casa.

LA IDEA DEL PEREGRINAJE

La idea del peregrinaje o visita a un centro determinado a fin de venerar una reliquia, no es de esencia cristiana. Hoy viene del paganismo y de las religiones orientales. Ya los budistas hacían grandes caminatas para besar las huellas del Buda y los musulmanes desafiaban el desierto para reverenciar a su profeta, cuando todavía los cristianos no se habían percatado de las virtudes del peregrinaje.

El Apóstol Santiago Zebedeo falleció alrededor del año cuarenta y cuatro de nuestra era y sólo alrededor del ochocientos sus huesos comenzaron a venerarse.

Mucho antes de que las reliquias apostólicas alcanzaran una celebridad nacional e internacional, los cordobeses, en torno a un diente de Mahoma, habían montado grandes servicios. Los romeros musulmanes, o «hadjis», llegaban hasta su ciudad santa por unos caminos buenos y sin que les faltaran comodidades de alojamientos, que también te-

nían hoteles y casas de oración. Evocando el peregrinaje cordobés algunos historiadores han dado en decir que Santiago de Compostela no fue sino la réplica cristiana: la anti-Zeca.

Nosotros creemos que se trata de una suposición desacertada. Si Santiago de Compostela quería copiar algo de paganos o de herejes no necesitaba sino mirarse en su propia historia sintiéndose como la heredera espiritual de la ciudad santa de Dugium o Duyu, centro del culto al sol y en su momento de esplendor un gran centro de atracción internacional.

LOS GRANDES SIGLOS JACOBEO Y LA DECADENCIA

Los grandes siglos jacobeos fueron el XII, el XIII, el XIV y el XV.

La devoción a Compostela afloró después de la escisión religiosa europea. Lutero, aunque no las desaprobaba por completo, tampoco era muy partidario de peregrinaciones.

Incluso entre los propios ortodoxos cundió el desconcierto que refleja el famoso y muchas veces citado escrito de Erasmo.

Erasmo imagina un diálogo entre un peregrino jacobeo y su amigo. El peregrino regresa de Santiago cargado de conchas, de imágenes de plomo, de cadenas y —curiosamente— llevando los puños adornados con huesos de culebra.

Se pasma el amigo de su raro aspecto y le pregunta de dónde viene. El peregrino le contesta: «Mi suegra había hecho voto de que si mi mujer daba a luz un hijo varón, yo iría a presentar mis respetos a Santiago...»

Fijémonos que en la respuesta aflora un sentimiento de disculpa: «Mi suegra... cosas de mujeres... no podía negarme», esto es lo que en verdad pretende decir. Y luego el peregrino añade: «El culto ha decaído, a causa de esa opinión que se ha esparcido por el extranjero (se refiere a la reforma religiosa) y este gran Apóstol, que solía deslumbrar con el oro y las joyas... apenas si tiene una vela de sebo...»

En el XVI Santiago Apóstol apenas si tenía una vela de sebo.

En el XVII estuvo a punto de perder el patronazgo de España, que los carmelitas reclamaban para Santa Teresa.

En el XVIII, según cuenta el profesor Vázquez de Parga, hubo año santo en que no llegaba a haber en Santiago de Compostela más de ochocientos peregrinos...

Retrocediendo empero al siglo XIII, los peregrinos se atascaban ante las puertas de la catedral, como hoy los viajeros ante las puertas del «metro» de Madrid. Fue necesario implantar el sistema de «colas» y organizar su entrada por naciones.

También en este mismo glorioso y devoto siglo tuvieron que prohibir la introducción de camisas en la catedral; materialmente no había sitio donde ponerlas. A veces para llegar ante la estatua de granito del Apóstol los peregrinos sacaban los cuchillos...

Europa vivía en una explosión jacobea. Entre los siglos XII y XIII se fundaron más de doscientas iglesias bajo la advocación de Santiago.

EL CULTO A SANTIAGO EN ALEMANIA E INGLATERRA

Es bien curioso observar que los dos países en donde el galleguizado Apóstol tenía más partidarios eran los futuros cismáticos: Alemania e Inglaterra. Mientras en Francia sólo 36 iglesias servían el culto jacobeo, 7 en Bélgica y una en Holanda, Alemania tenía 500 y 400 Inglaterra.

Los peregrinos alemanes, que comenzaron a llegar a Santiago de Compostela en el siglo XI, se distinguían por su fervor: no les bastaba reverenciar los huesos de Jacobo, su bordón y el hacha de martirio, había que llevarlos expresamente al pie de su corona. Venían cargados de regalos y al regresar llevaban

consigo una parte del tesoro espiritual galaico.

Por este conducto, la leyenda del Santo Grial, nacida en el Cebreiro, terminaría inspirando el «Parsifal» de Wagner.

Los ingleses rivalizaban con los alemanes en piedad. Casi siempre venían embarcados y solían tomar tierra en La Coruña.

Para irse a rezar ante las reliquias descubiertas por Teodemiro, escondidas por Gelmírez y que —más tarde— iba a extrañar el Arzobispo Sanclemente, los peregrinos anglosajones dejaban a sus hijos confiados a la caridad pública.

EL TRAJE TIPICO DEL PEREGRINO

Poco a poco, conforme la ciudad santa gallega se ponía de moda en Europa, la necesidad, el uso y luego la tradición fueron perfilando lo que conocemos por traje típico del peregrino jacobeo.

Se componía de las siguientes prendas:

Sombrero de alas anchas que también servía de paraguas. Este sombrero, tras llevarlo puesto en el viaje, los peregrinos se lo imponían a la estatua de granito del Apóstol, la cual se halla en la catedral de Santiago desde últimos del siglo XII o principios del XIII.

Abrijo corto a fin de caminar sin estorbos. Los eslavos inventaron un tipo de capa al que le dieron nombre: la esclavina o «slavayno». De la esclavina los peregrinos colgaban un sinfín de conchas y amuletos. La introducción de las primeras en la leyenda jacobea y luego en el atuendo del peregrino ha sido interpretada de diferentes maneras. La hipótesis más convincente se refiere a una posible, aunque involuntaria, prolongación del culto a Venus. También hay quien lo explica como expresión del asombro admirativo que a muchos habitantes del interior les producían las ricas costas de Galicia.

Los peregrinos de los países centrales que nunca habían visto el mar, colgaban de su abrigo el símbolo de la descubierta maravilla. Sería, pues, la concha prueba fehaciente de que habían llegado al fin del largo, penoso y misterioso camino.

Según el «Calixtinus» las conchas significaban las obras buenas.

Además del chapeo y de la esclavina, el peregrino llevaba un morral que los italianos llamaban «escarcela», los provenzales «espuerta» y los galos «disquirpa». Aimeric Picaud, presunto autor del «Calixtinus», lo describe de la siguiente manera: un saquito estrecho, hecho de la piel de una bestia muerta, siempre abierto por la boca, no atado con ligaduras. Estrecho porque el peregrino confiado debe llevar despensa módica, cuero de bestia muerta significa que debe mortificar su carne con ayuno, sed y frío; abierto significa que debe estar preparado para dar...

Las esportillas más estimadas eran las de piel de ciervo que se vendían en el «Paraiso» de Santiago de Compostela.

EL BACULO, TERCER PIE DEL PEREGRINO

Por último, el peregrino (que iría calzado de manera rústica y práctica) remataba su estampa con el báculo o bordón que era una especie de bastón provisto de una contera puntiaguda de hierro. Aimeric Picaud dice que el báculo es el tercer pie del peregrino, simboliza la fe en la Santísima Trinidad, es la defensa contra los lobos y perros —símbolos del diablo tentador. No siempre los peregrinos hacían buen uso de su «tercer pie». Ya he contado (arrancando la anécdota del libro de Vázquez de Parga, Lacarra y Uría), cómo el hierro de su bordón le sirvió a un genovés para descerrajar en la noche del 11 de abril de 1586 la puerta de la iglesia parroquial de Zarauz, donde robó los ornamentos sagrados. A este peregrino falso le descañillaron en Asturias, esparciendo sus pedazos por los cami-

nos jacobeos a fin de desanimar a presuntos sacrilegos.

LA PEREGRINACION OTORGABA DIGNIDAD

Haber ido a Compostela confería a los ex-peregrinos una dignidad nueva. Cuando regresaban cargados de indulgencias y de conchas, su categoría personal ascendía en su pueblo —tal y como todavía les pasa hoy a los musulmanes que han estado en Meca.

Para no perder su ascendiente o carisma, el ex-peregrino jacobeo conservaba cuidadosamente sus ropas y se las ponía en los días señalados por la litúrgica santiaguesa.

Para encontrar un equivalente moderno a esta devoción, hay que señalar la boina de los estudiantes escandinavos. Ser o haber sido estudiante en Dinamarca, Suecia y Noruega confiere dignidad y constituye la máxima aspiración. Las boinas de las fraternidades estudiantiles se han convertido en el símbolo de un status social. Se conservan —como los ropajes del peregrino— durante toda la vida y sus poseedores las sacan a relucir siempre el día 2 de mayo cuando los pueblos nórdicos entran en los bosques saludando, en explosión de júbilo sensual, la llegada de la primavera y el fin del largo invierno.

El «status» de los ex-peregrinos jacobeos se mantenía igualmente a través de fraternidades y asociaciones. La más importante era la de París.

«Jacobitae» era el nombre latino de los peregrinos a Compos-

tela. «Jacquets» decían los franceses, «Jakobsbruder» los alemanes.

El bordón y el morral eran objetos tanto más venerados por cuanto los peregrinos los recibían en la iglesia, de manos de su párroco o, en ocasiones, de su obispo.

Al entregarles el morral, o esportilla, el sacerdote decía —en latín— las siguientes palabras: «En nombre de Nuestro Señor Jesucristo recibe este morral, hábito de tu peregrinación para que castigado y enmendado te avives a llegar a los pies de Santiago, a donde ansias llegar, y para que luego de haber hecho el viaje vuelvas al lado nuestro con gozo, con la ayuda de Dios que vive y reina por los siglos de los siglos amén...»

Luego, con otra oración semejante, el peregrino recibía su báculo.

Ya en posesión de los objetos simbólicos, se sentía muy crecido en importancia. El pequeño grupo de los que partían hacia Compostela inspiraba un sentimiento de admiración, y de envidia, entre los que quedaban.

Al rematarse la función litúrgica, después del reparto de esportillas y bordones, por primera vez resonaba el grito de «Deus, adjuva, sancte Jacobe», que —según el profesor don Américo Castro— es una expresión muy ambigua. («España en su Historia», pág. 123).

Luego el sacerdote con la cruz alzada, sus acólitos y todo el vecindario acompañaban a los peregrinos compostelanos hasta un crucero próximo, allí volvían otra vez a cantar y a rezar y unos partían enfilando el estrecho y hermoso camino descrito por el pseudo papa Calixto, y otros se volvían a sus casas un poco fastidiados por no haber podido acompañarlos.

Escenas semejantes se sucedían todos los días, todos los meses, todos los años, durante cuatro siglos. Y hasta en la lejana en la exótica Rusia, el Apóstol tenía sus fieles. (Había una iglesia dedicada al culto jacobeo en Sandomir). La piedad jacobea de los eslavos llegaba hasta eximir de tributos fiscales a todos los que hubieran realizado la peregrinación a Compostela —sin duda un atractivo más para ponerse en camino.

Si miraban al cielo los europeos transidos de fervor jacobeo adivinaban en las constelaciones de estrellas la copia o el reflejo celeste de la proesión de los fieles; la Vía Láctea fue bautizada con el nombre de «Camino de Santiago».

Si miraban al cielo los europeos transidos de fervor jacobeo adivinaban en las constelaciones de estrellas la copia o el reflejo celeste de la proesión de los fieles; la Vía Láctea fue bautizada con el nombre de «Camino de Santiago».

Si miraban al cielo los europeos transidos de fervor jacobeo adivinaban en las constelaciones de estrellas la copia o el reflejo celeste de la proesión de los fieles; la Vía Láctea fue bautizada con el nombre de «Camino de Santiago».

Si miraban al cielo los europeos transidos de fervor jacobeo adivinaban en las constelaciones de estrellas la copia o el reflejo celeste de la proesión de los fieles; la Vía Láctea fue bautizada con el nombre de «Camino de Santiago».

PUBLICACIONES

REVISTA DE ECONOMIA POLITICA NUM. 40

Editada por el Instituto de Estudios Políticos ha sido publicado el número 40 de la «Revista de Economía Política», correspondiente a los meses de mayo-agosto de 1965. Como es habitual en tan prestigiosa publicación, el temario está formado por interesantes trabajos y estudios sobre temas económicos y bursátiles. Contiene el citado número los siguientes: «Las emisiones de valores y la fundación del Banco de San Carlos», de Pedro Voltes Bou; «Notas sobre el Mercado Común centroamericano», de Emilio Maza; «Un nuevo modelo de ciclo corto y la estructura de la producción», de Enrique Ballesteros Pareja y «Guerra y reflexión intelectual», del alemán Gergard Schmidt.

Un excelente informe sobre los problemas de la mano de obra en Europa en 1964 aparece en la sección de documentación.

«Resena de Libros» contiene siete excelentes reseñas sobre otros tantos textos de ciencia y técnica económica. Destacan dos de la O.C.D.E. «Técnicas de previsión económica» e «Italia, Suiza y Dinamarca», y otra sobre un texto de Michael Kaser, titulado «COMECON». Problemas de integración de las economías planificadas.

Completan el sumario las acostumbradas secciones de noticias de libros, de revistas y libros recibidos.

MONTADORES ROTULOS

precísanse en FERROGAR. Román Navarro, 7 (Frente al número 39 de la calle de la Torre).—Teléfono 128920

MARGENES

La libertad es, indudablemente, un bien apetecible. Pero como todas las cosas buenas, tiene sus riesgos, sus inconvenientes, sus peligros. Por ejemplo, la libertad comercial. Aquello de que cada cual venda sus artículos al precio que le convenga, para que los demás tengan idéntica libertad para comprar o dejar de comprar según le venga bien, es teóricamente aceptable.

Esta libertad, sin embargo, tiene sus incomodidades implícitas. La incomodidad, por ejemplo, de seleccionar al vendedor más razonable, más generoso, menos aprovechado. Estos días últimos, días de compras incansantes, días en los que la demanda arrollaba materialmente a la oferta, todos hemos podido comprobar la anarquía de precios existentes en el comercio coruñés. Lo que en un establecimiento costaba doscientas ochenta pesetas, en el de al lado estaba marcado en doscientas veinticinco. Tal objeto que en la calle Real se vendía a cuatrocientas noventa y cinco, estaba en San Andrés a cuatrocientas trece, o viceversa. Y nada digamos si en lugar de cambiar de calle, cambiamos de ciudad. El último día del año estuve en Vigo, ciudad que tradicionalmente era más cara que La Coruña. Pues ahora, según una experiencia un poco provisional, resulta más barata. Casi me atrevería a decir que notablemente más

barata en muchos artículos de consumo.

No hay manera, parece, de combatir estos desequilibrios que desmoralizan, confunden, al público comprador. Ya verán, dentro de poco, cómo la invasión saldística permite rebajas del cien por ciento en solo el plazo de unas semanas. Comprar una gabardina, un abrigo o unos zapatos no es lo mismo en noviembre que a finales de enero, aunque si sean la misma gabardina, el mismo abrigo o los mismos zapatos.

No es que yo quiera meterme con el comercio, que es un gremio tan frecuentemente sufrido, aseteado, víctima integral de mucha clase de verdugos fiscales y de los otros. Pero sí añoro una estabilidad, un equilibrio, una seriedad que en muchos casos no existe, aunque con frecuencia esta misma falta de seriedad esté provocada por los clientes, por el público comprador, como acontece con esa sobada manía de los descuentos, tan absolutamente artificial.

Llegará el momento, desde luego, en que tal situación estable, responsable, realmente seria, se produzca en nuestro ámbito comercial. El día en que las diferencias de precios estén en funciones de la diferencia de calidad, en lugar de estarlo simplemente en función de lo más o menos aprovechado que sea el comerciante que los fija.

LA HORA DE SUBIR

Pues ya verán como la cuesta no es tan difícil de coronar. Tendrá sus dificultades, porque enero es largo y el que más y el que menos ha llegado exhausto, como agotado. Agotamiento de estómago, agotamiento de bolsillo, agotamiento de piernas...

Pero enero es buen mes para la convalecencia. Buen mes para ir haciendo esas cosas que estamos proyectando hacer desde octubre. Buen mes para esperar todas las cosas esperables a estas alturas. La primavera, el negocio, el viaje...

No hay, pues, que comenzar la cuesta con desánimo, con desaliento. Aceleren ahora, aunque sea con entusiasmo artificial, y ya verán como puede coronarse sin necesidad de recursos heroicos.

Lo importante es que pasaron las fiestas, que los niños volverán al colegio, que las mamás dejarán la obsesión de las compras —¡terror!, ¿no se aproximan los saldos?— y que por fin podremos dedicarnos plenamente a lo que nos importa, nos gusta, nos justifica.

Yo, les doy mi palabra, me siento muy reconfortado ante la idea de que los Reyes van a tardar un año en volver.

CUANDO EL FUTBOL GUSTA

La tarde del día de Reyes tuvo regalo para los aficionados. Una tarde primaveral, apacible, con buen espectáculo en el marco ayer tan victorioso de nuestro estadio. Victoria clara, rotunda, sobre un rival que se presentaba difícil, arisco, correaoso y, como añadidura, la noticia final de que el Oviedo, el rival más directo e inmediato, quedaba rezagado por culpa del Lérida. En vista de ello perdonemos los botellazos y todo lo que allí hubo para los coruñeses.

Viendo al Deportivo de ayer, con tanto juego en algunas de sus figuras, con tanta fuerza y capacidad ofensiva, uno no se explica que haya podido perder encuentros como los que ha perdido fuera de casa. Por ejemplo, el de Langreo. La diferencia es notable no sólo con los de abajo, sino también con los de arriba, con los que nos rodean en la cabeza. La explicación única para que el Deportivo no saque dos puntos de cada desplazamiento que ha-

ga, incluido Oviedo, es que si bien el equipo tiene juego, clase y fuerza para no perder contra ningún equipo de su grupo, a la hora decisiva en campo contrario quizás le falte garra, decisión. Valor, en una palabra.

Con excepciones, claro. Como la de Loureda, cada día más en juego, con más entusiasmo, con más pundonor. Y con la maestría de un Montalvo, que si es jugador que se arruga, cabe también pensar que si no se arrugara sería excepcional, fuera de serie, único. Y entonces, claro, vendrían, nos lo comprarían y adiós el recreo que su juego tan inteligente, tan hábil, es capaz de proporcionar. Y entre las excepciones, Juanet, un portero con el que el año que viene, si todo sigue rodando bien, podremos andar tranquilos por la Primera División.

En resumen, que hay equipo, que hay suerte y que hay espectáculo. ¿Hay quien dé más?

CAPARROS



La presente nota gráfica recoge el momento de la entrega por el Delegado de Levante Sr. Barceló, del primer premio del concurso «Gabinete Kolster», organizado por el Dpto. de Electromedicina de Kolster Ibérica, S. A. También fueron favorecidos con el segundo y tercer premio el Dr. J. Cabot, de BARCELONA y el Dr. E. Salvador, de GULJOSA (Almería).